

La perle et le grain de sable *Traumatisme et fonctionnement mental* de Jacques Press

Delachaux et Niestlé, Lausanne - París, 1999

Carlos Sánchez

Las palabras deberían bastar. No tenemos otra cosa.
Alberto Manguel

El libro de Jacques Press —suizo, psicoanalista y psicosomatólogo, miembro del IPSO y de la Association Geneveoise de Psychosomatique (AGEPSO)— se inscribe en la corriente del psicoanálisis freudiano que estudia la vertiente intrapsíquica del traumatismo. También, en la tradición de los psicosomatólogos de la escuela de París quienes piensan que es la calidad del funcionamiento psíquico lo que protege de la somatización. De capital importancia aquí, como se verá a lo largo de todo el volumen, es la enseñanza de Pierre Marty de que el efecto importante del traumatismo no es la creación de una defensa psíquica, sino la desaparición de un funcionamiento mental.

Si esta obra fuera una narración literaria, el planteamiento estaría representado por los cuatro primeros capítulos, dedicados a analizar y desarrollar la noción de percepción partiendo de la obra de Freud, el nudo correspondería a los capítulos 5 y 6, donde se halla expuesta su concepción del traumatismo y se diferencia la *neurosis traumática* del *estado traumático*, y los desenlaces tendrían que ver con las consecuencias del estado traumático sobre el dormir y el soñar (capítulos 7 a 9), las defensas (capítulos 10 y 11) y, finalmente, el pensamiento (capítulos 12 y 13).

Freud aborda en su obra el tema de la percepción desde dos ángulos bien diferenciados. En el primero, expuesto de manera acabada en *La interpretación de los sueños*, toda la cuestión se centra en saber cómo podrá ser reactivada una huella mnémica, vinculándose así lo perceptivo con lo alucinatorio del sueño mediante la regresión. En el segundo, cuya referencia capital es *Más allá del principio del placer*, de lo que se trata es de cómo afrontar el aflujo de excitaciones que amenazan desbordar el aparato psíquico, o, lo que es lo mismo, cómo crear las condiciones para que pueda

inscribirse una huella. Lo traumático y lo perceptivo quedan instalados así en el origen del psiquismo.

Apoyándose en el artículo de Freud sobre la pizarra mágica, el autor muestra en esta *primera sección* del libro cómo la percepción es un trabajo psíquico complejo, previo al ensamblaje percepción-representación, que implica la existencia de un inconsciente funcional, capaz a su vez de ser el motor de la temporalidad, es decir, de la discontinuidad. Se desemboca así en la noción de que existe una multiplicidad de modalidades perceptivas: a) las que conciernen y modelan al yo (percepción sensorial, percepción del interior del cuerpo y percepción endopsíquica); b) el funcionamiento perceptivo del ello (independiente de la conciencia); 3) un nivel de inscripción corporal no psíquico pero que influye en el psiquismo y 4) la percepción del tiempo, que implica una colaboración entre instancias.

La *segunda sección* se ocupa del traumatismo y sus efectos. La ausencia del objeto enfrenta al sujeto a lo irrepresentable y desencadena el esfuerzo por la figuración, la representación, el pensamiento. Pero en el seno mismo de este trabajo, parece existir una negativización de la ausencia, un *déni*. Cuando el nieto de Freud juega a desaparecer y reaparecer frente al espejo, parece decir: «Puedo hacer desaparecer la imagen del espejo a voluntad, pero yo no desaparezco, permanezco. Lo que desaparece no es entonces yo mismo, sino una imagen. ¿Podría ser que ocurriera lo mismo cuando desaparece el objeto?» El juego mismo parece ser tanto el reconocimiento (puesto que se pone en marcha ante la ausencia), como la negación de la pérdida del objeto. Para Jacques Press lo que está en juego es la imposibilidad de figurar la propia desaparición. Hay un doble movimiento, pues, que marca toda actividad de pensamiento y que constituye su *fundamento traumático*: toda actividad de pensamiento supone un intento de controlar la excitación intolerable que hace emerger la ausencia del objeto y, al mismo tiempo, un movimiento de

sexualización, de creación, que desemboca en la actividad de pensamiento propiamente dicha. La historia del individuo vendrá marcada por la manera como sus capacidades le permiten equilibrar la parte traumática y la parte histórica (o enigmática) de su historia; o, dicho de otra forma, transformar en enigmático lo que le viene impuesto como un sinsentido absoluto. Jacques Press propone llamar «estado de no-representación» a lo anteriormente calificado de «irrepresentable», dado que la desaparición del objeto reenvía a la del sujeto como tal.

El efecto positivo del traumatismo (compulsión de repetición) es un intento de memoración; el negativo, lo contrario, es decir, que ningún elemento pueda ser repetido ni memorado. Para César y Sara Botella, este efecto negativo del traumatismo está ligado al hundimiento de la tónica y a la pérdida de la capacidad representativa. Pero Jacques Press quiere también considerar aquellas situaciones que se derivan precisamente de la no-inscripción: ha ocurrido algo que no ha podido inscribirse psíquicamente y a ese algo corresponde en el psiquismo una zona vacía, no «psiquizada» y/o «psiquizable». Este núcleo traumático es el de lo enigmático, estimulador del desarrollo de las teorías sexuales infantiles y la psicosexualidad (el grano de arena en el interior de la perla).

Cuando no se articulan la vertiente económica y la psicosexual del traumatismo, la repetición tiende a inmovilizar algo que no puede ser representado o pensado ya que no está inscrito psíquicamente. De aquí resulta entonces una tendencia hacia el control que es desexualizada y sin objeto, sólo pretende extinguir la excitación a cualquier precio. De esta forma podrían distinguirse la *neurosis traumática*, dominada por la repetición «positiva» del traumatismo, del *estado traumático*, caracterizado por la imposibilidad de vivir y experimentar psíquicamente una experiencia que, sin embargo, se ha atravesado.

Se trata de transformar la desaparición del objeto en ausencia, lo que implica la existencia independiente del objeto y un sujeto que sufre por ello. Cuando no ocurre así, no sólo se trata de que el sujeto pierda la representación del objeto, sino su capacidad representativa, quedando sumido en el desamparo y la pérdida del sentimiento de existencia.

¿Cuáles son los efectos del traumatismo sobre el sistema dormir-soñar y el equilibrio psicósomático? Este es el tema de la *tercera parte*.

J. Press llama traumatismo «parcial» a la afectación del yo por un defecto de transformación

de lo primario en secundario, es decir, por la incapacidad de los estratos superiores del funcionamiento mental para ligar lo pulsional. Por el contrario, en el traumatismo «global» la alteración del funcionamiento primario ya no es causa sino consecuencia del propio traumatismo, que ya no se limita a una instancia, sino que atraviesa todo el aparato psíquico.

Esta distinción es «puesta a trabajar» en el sueño, mostrando cómo hay pesadillas «primera tónica», es decir, fruto del conflicto entre instancias (traumatismo parcial), y pesadillas donde lo que se pone en cuestión es todo el aparato psíquico. Ya Freud, en 1932, había reconocido esta dificultad cuando hablaba de que el sueño es un *intento* de realización de deseos y de que la fijación inconsciente al traumatismo es uno de los obstáculos de primer orden para que se pueda realizar el trabajo del sueño.

Por tanto, no hay un solo alucinatorio, sino varios: un alucinatorio «primera tónica» (donde puede haber regresión) y un alucinatorio «más allá del principio del placer». ¿Y cómo influye esto en el sueño? El sueño puede figurar la obtención de la calma (estaríamos en la primera tónica), pero también todo el sueño, en sí mismo, puede ser una formación reactiva dirigida a borrar lo pulsional, admitiendo exclusivamente para el trabajo de figuración lo banal o lo indiferente: una contrainvestidura masiva del deseo de soñar para preservar el deseo de dormir.

J. Press emite la hipótesis de un «punto alfa» que señalaría la zona del psiquismo a partir de la cual puede advenir lo psíquico. Lo traumático podría inscribirse como huella mnémica clásica, como inscripción «más allá del principio del placer» o, por último, más allá de este «punto alfa» con lo que se cortan los lazos entre ello e inconsciente y se tiene la tentación de conjeturar que es la pulsión misma lo que se ha descompuesto. Ante la imposibilidad de constituir una neurosis traumática, queda abierto el camino a la somatización.

En la *cuarta sección* de la obra, se examina la cuestión del vínculo entre los efectos del traumatismo y la naturaleza de las defensas centrándose en el análisis de la supresión (*répression* en francés; no confundir con *refoulement*, represión en castellano). En la arena clínica, la supresión es apreciada por el psicopsicólogo como la no verbalización de representaciones; a este movimiento de descalificación (que debe distinguirse de la desafectación), sigue luego la desaparición de las representaciones de la conciencia. Llevada a su

extremo, la supresión termina en la vida operatoria o el pensamiento en blanco, en la desmentalización. La supresión es un mecanismo radical de defensa que emerge cuando el aparato psíquico carece de recursos: en vez de desplazamiento, condensación y simbolización, se opta por la extinción pulsional.

La última parte de la obra de Jacques Press está dedicada al análisis del pensamiento, verdadero procedimiento autoerótico y antitraumático. Como muestra de sus reflexiones quisiera destacar sus comentarios sobre la relación entre pensamiento y bisexualidad psíquica, la «compulsión a representar» y sus dificultades y, finalmente, el vínculo entre figuración, representación y pensamiento.

¿Para qué teoriza el analista?, se pregunta el autor. En primer lugar para rellenar la ausencia del analizando, para colmar la pérdida de objeto; en segundo lugar, para intentar controlar retroactivamente aquello que no se vio, que no se comprendió en la sesión y en este último sentido no se aleja mucho del juego de la bobina... ¿Cómo teoriza? Mediante construcciones, hipótesis, y cuando, como en psicósomática, lo cuantitativo está en el primer plano, intentando psicosexualizar, es decir, crear, dar sentido, lo que a su vez puede ser también traumático. De esta forma, el analista «da a luz» un trabajo de pensamiento al mismo tiempo que «es alumbrado» por él. En esto reside la bisexualidad psíquica. Y así la reflexión sobre el pensamiento desemboca en la pregunta sobre lo femenino, identificado aquí con la capacidad para tolerar la negatividad.

Pero volvamos a Freud mientras escribe *Más allá...* ¿Cómo no pensar que bajo la apariencia de objetividad late el duelo del padre de Sofía, él también jugando al juego de la bobina mediante la escritura? El examen atento de la frase «Sofía está muerta» nos hace entrar en el núcleo del problema que desea plantear Jacques Press: «Sofía» es tanto un cúmulo de representaciones como un ser-en-sí, incognoscible; el verbo «ser» se encuentra aquí aplicado para dar cuenta de aquello precisamente que «ya no es»; finalmente, de la muerte dice Freud que es un irrepresentable. Dicho de otra forma: uno de los efectos negativos del traumatismo es la ruptura representativa que espolea la capacidad de pensamiento y la actividad sublimatoria.

La hipótesis del autor es que en toda tentativa de representación habría un esfuerzo para dar cuenta en un sistema «positivo» («Sofía está muerta») de algo que es del orden del «blanco»; en ese esfuerzo de representación, el psiquismo humano tiende a borrar ese «blanco» en el que se encuentra inscrito; el fetichista, con su rechazo de la percepción de la ausencia de pene, sería un ejemplo extremo de esa «positivación» inherente a nuestro funcionamiento mental.

Y, por último, el análisis del vínculo: la bobina representa a la madre pero no es ella, representa al niño (como vimos) pero no es él, es decir, hay un primer grado de abstracción de manera que la contingencia del objeto del juego hace contingente el objeto de la pérdida *mientras que el juego, en sí mismo, se encuentre preservado*. Pero, entonces, ¿dónde ha ido a parar la investidura? Al hilo, es decir, a la figuración del vínculo. Este autor postula que precisamente esa transferencia donde el lazo, el vínculo que se establece mediante la actividad de pensamiento, viene a sustituir al vínculo físico con el objeto de la realidad, constituye el movimiento del pensamiento. Lo que es importante aquí es que la salida del estado de no-representación en que ha sumido al niño la ausencia del objeto, viene a partir de la figuración del vínculo: el hilo, que hace perceptible el vínculo del niño a la madre, no es aún una representación sino una figuración anclada en la percepción.

El texto de Press, muy condensado, requiere una familiaridad más que moderada con algunas obras de Freud, especialmente *Más allá del principio del placer*, para poder ser seguido con facilidad. Está atravesado de parte a parte por la problemática de lo cuantitativo —¿cuáles son las consecuencias de que lo cuantitativo no pueda devenir cualitativo?—, que se asimila aquí en su estado puro a la pulsión de muerte. A pesar de que se trata de un texto teórico de gran nivel, el lector encontrará numerosas ocasiones de reflexionar sobre su propia práctica, testimonio de que la teoría es el trabajo que permite convertir en perla el grano de arena.



Dr. Carlos Sánchez
Provenza 521, 1º 3ª
08025 – Barcelona